

cuales llevan siempre consigo calamidades que solo el tiempo y los constantes esfuerzos de los hombres de corazon pueden desvanecer. Falta, pues, consolidar la obra de la regeneracion, obra que seria peligróso dejar incompleta; para ello jamás apelaréis en vano á la disciplina y abnegacion del ejército francés.

«En cuanto á mí, señores, así de léjos como de cerca, así en París como en Roma, soy enteramente vuestro.

«Acabais de conferirme carta de naturaleza, y estad seguros de que me esforzaré en llenar los grandes deberes que la misma me impone.

«Desde ahora me considero como franco-romano, y me complazco en manifestar ante los grandes hombres que desde lo alto del cielo presiden tan imponente solemnidad, que cifraré eternamente mi felicidad y mi gloria en consagrar todas mis facultades al servicio de Roma, mi inmortal y segunda patria.»

Para atestiguar el pueblo romano su perfecta conformidad con las resoluciones del Municipio, los habitantes de los barrios transtiberinos abrieron una suscripcion para regalar al Duque una espada de honor. Las muchedumbres se apresuraron á secundar la idea, y Oudinot vió en sus manos una espada preciosa por su valor artístico y material, que llevaba esta inscripcion:

AL GENERALE OUDINOT, DUCÁ DI REGGIO, GLI AMICI DELL' ORDINE IN ROMA,
ANNO MDCCCXLIX.

Su Santidad Pio IX quiso esmaltar la corona moral otorgada por el Municipio y por el pueblo romano á Oudinot, dirigiéndole en su visita de despedida las siguientes gloriosísimas palabras:

«General, vuestro nombre de hoy mas irá unido al mio; la historia no podrá elogiar bastante la grande empresa que habeis llevado á feliz término con tanta energía como prudencia; ahora terminaréis vuestra obra en París, y estad seguro que donde quiera que esteis seguirá mi bendicion sobre vos y sobre vuestra familia.»

Cáasi todas las cortes de Europa se apresuraron á remitir á Oudinot una expresion de respeto y de aplauso.

Sirva de ejemplo la siguiente carta del emperador Nicolás de Rusia al General:

«He visto con gusto vuestras operaciones contra el partido anárquico que habia cubierto de ruinas y desolacion la ciudad de Roma.

«La mision que debíais llenar era delicada en extremo; mas reconozco con placer que en la parte cuyo éxito podia depender de vuestra conducta personal habeis tomado por guia un laudable y moderado espíritu de conciliacion.

«El papel desempeñado por el ejército francés ha sido tan brillante como honroso, y bajo vuestras órdenes ha dado pruebas de una disciplina igual al valor que mostrara en los combates.

«Si mi juicio puede añadir alguna satisfaccion á la que debe experimentar nuestra conciencia, me es agradable manifestarla reiterándoos al propio tiempo la seguridad de mi afectuosa estima. — Nicolás. — Palacio de Gatchina 10 de octubre de 1849.»

El general Rostolan habia inaugurado su mision dando una prueba elocuente de energía y de dignidad. Ante las complicaciones que iba á suscitar la carta al coronel Ney, habia notificado al Gobierno que estaba dispuesto

á presentar, y que en efecto presentaba, la dimision de su cargo, si el Gobierno francés resolvía llevar adelante el proyecto de convertir en programa político aquella carta.

Á la partida del duque de Reggio, el General, cuya dimision no habia sido admitida, dirigió á los romanos la proclama que va á leerse:

«Habitantes de Roma: Hace dos meses vuestra ciudad sufría la opresion y la anarquía.

«Las tropas francesas han entrado en Roma, y os han tratado como amigos: el orden y la tranquilidad se han restablecido, y la bandera del Sumo Pontífice ha ondeado en las murallas de la capital, saludada por vuestras entusiastas aclamaciones, augurio de un porvenir mejor.

«Desde entonces, el ejército de la Francia no ha cesado de ser el ejemplo de la moderacion, de la justicia y de la generosidad.

«La conducta de nuestras tropas será para vosotros una clara expresion de los afectuosos sentimientos que alimenta la Francia hácia el Sumo Pontífice y hácia el pueblo de los Estados romanos.

«Llamado hoy al mando en jefe del ejército, me envaneceré continuando la noble mision tan bien empezada por él.

«Mientras he desempeñado mis funciones de gobernador de Roma, he podido apreciar el amor que profesais á vuestro Soberano, y el respeto que sentís por sus virtudes; he podido conocer vuestros deseos, vuestras esperanzas. Todos mis esfuerzos irán dirigidos á la realizacion de vuestros votos, y mi mayor título de gloria será el haber sido elegido para continuar la obra de pacificacion emprendida por el Gobierno francés para vuestra dicha y prosperidad.»

Los nobles sentimientos del general Rostolan quedaban suficientemente demostrados en el lenguaje claro y terminante de la proclama que acaba de leerse.

Eran los mismos sentimientos de que se hallaba adornado el duque de Reggio.

Uno y otro deseaban la completa restauracion del Sumo Pontífice, sin que se ejerciese sobre la sagrada persona y soberanas disposiciones presion de ninguna clase. Como habian disgustado al general Oudinot las irresoluciones de su Gobierno, disgustaban tambien al general Rostolan.

Ahora preguntaremos: El mundo cristiano, los doscientos millones de católicos extendidos por toda la tierra, ¿podian ya entregarse al júbilo por el resultado de la expedicion del ejército francés á la Ciudad eterna? Los que no están al corriente de la marcha de los negocios políticos y de la diplomacia de los Gabinetes lo veian todo concluido, y elevaban al cielo fervorosas acciones de gracias porque el Vicario de JESUCRISTO habia triunfado, mediante el auxilio divino y el valor de los soldados franceses, de los enemigos del Pontificado; pero los que en Roma y fuera de aquella capital observaban la política de balancin del Gobierno de la república francesa, y la carta dirigida por su Presidente al coronel Ney, si bien se alegraban de que la bandera pontificia ondease ya en el castillo de San Ángel, en el Capitolio y en los muros de la Ciudad eterna, comprendian que aun habian de surgir complicaciones. Aun no eran pasados los dias de dirigir oraciones al cielo en favor del Jefe supremo de la Iglesia.

Mr. de Courcelles por su parte procuraba calmar los justos recelos de la

corte de Gaeta, y al mismo tiempo solicitaba de Pro IX algunas medidas que satisficieran en ciertos puntos las exigencias del Gobierno francés, sin que parecieran impuestas por la violencia; pero estas tentativas de conciliación quedaron frustradas por la nueva actitud tomada por aquel Gobierno, el cual, abandonando su neutralidad, se asoció á la voluntad del Jefe del Estado, y exigió que la carta dirigida al coronel Ney se insertase en el diario oficial de Roma.

Á vista de la exigencia de que acabamos de dar cuenta, Pro IX suspendió la publicación de un *motu proprio* y de un decreto de amnistía que tenia preparados.

La conducta de Mr. de Courcelles fue en verdad digna de alabanza. No queriendo apartarse de la línea de conducta que se había trazado, escribió segunda vez á su Gobierno, excitándole á renunciar á la política de presión que venia observando, y que no podia producir benéficos resultados, manifestando al propio tiempo que presentaria su dimisión si no eran atendidas sus razones.

El cardenal Antonelli escribió al propio tiempo á la Comisión compuesta de tres cardenales que residían en Roma, encargándoles que si, á pesar de las prevenciones hechas, se había publicado la carta, no abandonasen sus puestos sin una orden expresa de Su Santidad. En el mismo día dirigió otra carta al general Rostolan, excitándole, si aun era tiempo, á impedir la inserción de la carta, reasumiendo sobre sí toda la responsabilidad.

Nunca la historia aplaudirá suficientemente la energía que en su resistencia demostraron el general Rostolan y Mr. de Courcelles dando tiempo para que la reflexión obrase en el ánimo del Presidente de la república francesa y de los Ministros. De este modo evitaron males de gran tamaño á Roma, y aun á toda la Europa.

Y que del mismo modo que el General en jefe pensaba la mayoría, ó mejor diríamos todos los oficiales del ejército expedicionario, lo prueba el que muchos de ellos lo visitaron para felicitarle por su modo de obrar y rogarle al mismo tiempo que no dimitiese. El General estuvo afectuosísimo con aquellos valientes oficiales, y después de darles las gracias por las frases que sinceramente le habían dirigido, contestóles que jamás había transigido con su sentimiento de honor, y que lo consideraba empeñado en la cuestión, y añadió: «No tengo mas que una conciencia, y la guardo; si tuviese dos, veríamos. Advertid que es necesario que mi conciencia hable muy alto para que me haga tomar la resolución de separarme de un ejército tan disciplinado y de oficiales tan valientes. Solicitando el ser reemplazado, hago el sacrificio mayor que puede hacer un soldado.»

Entre tanto, Pro IX se disponía para abandonar á Gaeta marchando al Real castillo de Portici, distante cuatro millas de Nápoles. El palacio se halla situado al extremo de la población.

Fernando II, que continuaba su obra de hospitalidad al Vicario de JESUCRISTO, hizo adornar lujosamente aquel palacio para que le sirviera de residencia.

El día 4 de diciembre salió Pro IX de Gaeta, siendo digno de notarse que había permanecido en aquella ciudad nueve meses, nueve días y nueve horas. Los habitantes del feliz pueblo que había albergado en su seno al representante de Dios en la tierra, cuya bendición tantas veces habían recibido con

la mas profunda veneración, experimentaron una grande aflicción al despedirse, si bien era mitigada porque consideraban que aquella partida era la primera jornada de su viaje á la capital del mundo cristiano. El Pontífice al abandonar aquel suelo hospitalario les colmó de nuevas bendiciones.

Salió Pro IX de Gaeta acompañado de los cardenales Antonelli, Riario Sforza, Camarlengo, Arquini, Piccolomini, el Arzobispo de Nápoles y de monseñor Garibaldi, su nuncio en Nápoles.

Su Santidad, el rey Fernando II y S. A. R. el conde de Trápani se embarcaron en una chalupa, y en otros botes los eminentísimos cardenales y demás personas de la comitiva del Santo Padre.

Los buques napolitanos, franceses y españoles izaron el estandarte pontificio, y los marineros, subidos en las vergas, prurumpieron en entusiastas vivas á Pro IX.

La fragata napolitana *Tancredo* recibió al augusto viajero, que al poner el pié en el buque vió á toda la oficialidad con la cabeza descubierta y la rodilla en tierra.

Pocos momentos después, y al tiempo que la artillería de la plaza saludaba al Pontífice con ciento y un cañonazos, el *Tancredo* abandonaba el puerto.

Hé aquí el orden en que marchaba la escuadrilla:

El *Tancredo*, que conducía la sagrada persona del romano Pontífice.

El vapor de guerra español *Colon*, llevando á su bordo al general D. Fernando de Córdoba y demás jefes del ejército expedicionario español.

El vapor francés *Vauban*, el vapor español *Castilla*, y el napolitano *il Delfino*. S. M. la reina de las Dos Sicilias, los príncipes y las princesas iban á bordo de la fragata de vapor *Guiscardo*.

El Santo Padre, antes de ponerse en movimiento la escuadrilla, admitió á la tripulación á besarle el pié.

Á las dos de la tarde el *Tancredo* entraba en las aguas de Chiaja. Los puentes y las baterías de la capital disparaban la artillería, y los buques que se hallaban en la bahía hicieron igual saludo, izando la bandera pontificia, obrando del mismo modo un vapor inglés que se encontraba en aquellas aguas.

El lugar destinado para el desembarque estaba ricamente adornado. Todo Nápoles puede decirse que había acudido á recibir al Jefe de la Iglesia, y los entusiastas vivas á Pro IX y al rey Fernando II se mezclaban con las continuas detonaciones de la artillería.

Hallábanse esperando á Su Santidad SS. AA. RR. el conde de Aquila, el príncipe de Salerno y el infante de España D. Sebastian. Allí estaban los carruajes de la Casa Real con numerosos destacamentos de guardias reales de á pié y de á caballo; y las tropas formaban doble cordón en el camino que conduce al palacio de Portici.

Es imposible describir el aspecto que presentaba en aquellos momentos la capital. Las campanas de todas las iglesias eran echadas á vuelo: por todas partes se oían aclamaciones las mas espontáneas y entusiastas, en tanto que los cañones no cesaban en sus estrepitosos y solemnes saludos.

Pro IX fue recibido en el palacio de Portici por los cardenales que allí se habían reunido al efecto, y su primera diligencia fue dirigirse á la capilla, donde se cantó un solemne *Te Deum*.

Interrumpimos aquí gustosos nuestra narración para reproducir algunos párrafos del distinguido escritor Sr. Gutierrez de la Vega en su obra *Viajes*

por Italia con la expedición española, que serán del agrado del lector. Vamos, pues, á escuchar las frases de tan fiel testigo de vista.

«Aun no hacia cuatro dias que habíamos regresado á Velletri cuando un ayudante de campo del general Córdoba llegó á despertarnos á las ocho de la mañana del dia 3 de setiembre, anunciándonos la próxima partida del General en jefe hácia Gaeta, con el fin de acompañar al Papa en su viaje naval á Portici. Habíase recibido la noticia de que al dia siguiente, abandonando Su Santidad las dichosas playas en donde temporalmente habia establecido su silla, iba á dirigirse á ese Real sitio, vecino á la magnífica y bulliciosa corte de las Dos-Sicilias. El Rey de Nápoles, tan religiosa y espléndidamente pródigo con el ilustre proscrito, queria obsequiarle con mas solemnidad y grandeza antes de su regreso á Roma, cerca de su rica corte, en el soberbio y suntuoso palacio de Carlos III.

«Á las once de la mañana del citado dia, dos sillas de posta, que partieron de la ciudad de Velletri, conducian á Gaeta á los generales D. Fernando Fernandez de Córdoba y D. Juan Zabala, acompañados del brigadier marqués de Casasola, del coronel conde de Cumbres Altas, de un ayudante y de un oficial de Estado mayor. Cuatro horas despues, así que hubimos arreglado todos los preparativos para la marcha, partimos tambien en la misma direccion, con la velocidad del viajero que ha conseguido multiplicar su movilidad con la proverbial ligereza de un militar español.

«Ya los primeros rayos del sol rielaban sobre las azuladas ondas del golfo de Gaeta, cuando desmontamos en esta ciudad despues de haber corrido las sesenta millas que dista del punto de nuestra partida. El ruido militar de la guarnicion que se preparaba para la despedida del Papa, el movimiento que se notaba en los buques de guerra anclados en el puerto, y la vista de aquellas antiguas fortalezas nos hicieron insistir en el recuerdo de nuestra digresion histórica, muy disculpable por cierto al atravesar aquellos sitios un viajero español. Así como efectivamente nos figuramos ver todo el Borgo y la altura del Monte Corvo coronado por los arcabuces, picas y mosquetes de Pedro Navarro, llena toda la vecindad de los tercios españoles, y acurrucados los franceses en los mas escondidos baluartes de la ciudad, es decir, constituido formalmente el memorable cerco de Gaeta.»

El Sr. Gutierrez de la Vega se ocupa aquí del héroe español del siglo XV, del vencedor de los franceses en el Garigliano, en Cirignola, Fondi, Itri y Mola; del Gran Capitan, Gonzalo Fernandez de Córdoba, que obligó al ejército que mandaba el general en jefe Daubeni, compuesto de franceses, suizos é italianos, á entregar á Gaeta con la artillería y vituallas y á tomar la vuelta de Francia por mar y por tierra, con la única condicion de que los caballeros conservasen sus caballos, y los peones sus espadas y sus picas; estas empero sin aceros, con cuyo hecho adquirió el monarca español el extenso país, cuyas playas vienen á lamer las ondas del Mediterráneo y el del Adriático. Luego prosigue el mismo escritor, despues de reseñar algunos sitios del tránsito de Velletri á Gaeta, teatro en otro tiempo de las victoriosas armas de Castilla y Aragon:

«Desde las primeras horas de la mañana el pueblo de Gaeta discurría en numerosos grupos con direccion al puerto, á fin de dar el último adios al augusto personaje á quien habia ofrecido durante su desgracia una hospitalidad

digna del sucesor de san Pedro. No contribuía menos á embellecer las calles del tránsito la numerosa y excelente oficialidad napolitana, que á la sazón vestía sus mas brillantes uniformes.

«El puerto y el golfo: hé aquí los dos puntos donde todos dirigian sus pasos; hácia donde tambien dirigimos los nuestros. Á las ocho de la mañana, despues de enarbolada la insignia del jefe de las fuerzas navales españolas en el vapor de guerra *Colon*, fueron recibidos en este buque, con los honores de ordenanza, los generales Córdoba y Zabala y el embajador de Austria. Á esta hora, colocados en el puente de este magnífico vapor, fue cuando admiramos el mas vivo, el mas animado, el mas precioso cuadro que puede ofrecerse á la vista de un viajero. Entre los buques napolitanos *Tancredo*, *Delfino* y *Guiscardo*, los españoles *Colon*, *Castilla*, *Cortés* y *Marigalante*, y el francés *Vauban*, circulaban infinitos botes llenos de gentes que asistian á la solemne despedida. Por cualquier lado á que se dirigian los ojos se veia la misma expresion en los semblantes; como si en todas partes reinara un mismo deseo, un mismo pensamiento. Así era en efecto: en los buques como en el puerto no se hablaba mas que del Papa; en la tierra como en el mar reinaba el mismo entusiasmo, mezclado aquí con alegría y allí con sentimiento.

«Poco tardó en divisarse una barquilla blanca que, desprendiéndose velozmente de la orilla, se dirigía hácia el *Tancredo*; entre las dos hileras de remeros se distinguía una figura blanca; aquella era la majestuosa figura de Pio IX. Entonces todos los buques enarbolaron la bandera pontificia, los marineros corrieron á extenderse lo mas caprichosa y pintorescamente sobre la arboladura de los buques, y por todas partes empezó á tronar la artillería. Cada fuerete de Gaeta, cada vapor, disparó veinte y un cañonazos, y cada pecho exhaló cien vítores y cien gritos de alabanza al ilustre proscrito, objeto único de aquella ovacion extraordinaria. Las voces de la muchedumbre y el ruido de los cañones vinieron á dar á aquella escena un aspecto poético y sublime. Hasta la densa nube de humo que despedía la artillería, mezclada con el humo negro que exhalaban los vapores, contribuyó á embellecer el cuadro, porque aquel era todo el incienso que en medio de las aguas podia quemarse en honor del Pontífice romano. Separemos por un momento las calamidades que la revolucion de Roma ha podido derramar sobre la silla de san Pedro, y convendremos en que el triunfo de Pio IX en Gaeta el dia 4 de setiembre de 1849 ha sido el mayor triunfo que ha alcanzado la religion cristiana en medio del cruel escepticismo político, y hasta religioso, en que se devora el funesto siglo XIX.

«No deja de ser notable que esta ocasion haya sido la primera en que un Papa haya emprendido un viaje á bordo de un buque de vapor. Pero lo que es sorprendente y admirable hasta lo misterioso es que, á la hora en que pasaba esta escena, hiciese que se hallaba en Gaeta Pio noveno nueve meses, nueve dias y nueve horas. Si esto es una casualidad, hé aquí una casualidad que asombra; sino, será un secreto escondido en los arcanos de la Providencia (1).

«Á las nueve se dió á la vela la línea de vapores, formando primero el *Tancredo*, despues el *Colon*, detrás el *Vauban*, á la popa de este el *Castilla*, y finalmente, el *Guiscardo* y el *Delfino*. En el primero iba Su Santidad acompa-

(1) «E' intanto singolar combinazione che abbia dimorato in Gaeta Sua Santità Pio nono, nove mesi, nove giorni e nove ore.

«E' questa la prima volta che un Papa abbia transitato su di un batello a vapore.» *Giornale costituzionale del regno delle Due-Sicilie*. Martedì 4 settembre 1849.

ñado del Rey de Nápoles, el conde de Trapani y los cardenales Antonelli, Riario Sforza, Camarlengo, Asquini, Piccolomini, arzobispo de Nápoles Mons. Garibaldi, nuncio apostólico en las Dos Sicilias; en el segundo el brigadier Bustillos, jefe de nuestra escuadra y hoy general, los generales Córdoba y Zabala y el embajador de Austria, y en el *Guiscardo* la reina de Nápoles con las demás Reales personas. Gobernando á la isla de Prócida, emprendimos el viaje con viento al S. E. flojo, mar llana y atmósfera calmosa. Á poco empezamos á dar vista al famoso rio Garigliano.

«Entonces clavado á la banda de babor de nuestro buque, fijos los ojos en las memorables márgenes del rio, y palpitante el corazon de gozo, exclamamos llenos del mas puro entusiasmo: «¡Salve, deliciosas linfas del Garigliano, que en otros tiempos cantásteis las glorias del Gran Capitan de España! ¡Salve, hermosísimas arenas del Garigliano, que ha tres siglos y medio fuisteis heroicamente holladas por los valientes soldados de mi patria! ¡Salve, encantadas riberas del Garigliano, que temblásteis al pavoroso estruendo de los arcabuces y falconetes de los bizarros tercios de Isabel la Católica! ¡Salve, ilustres manes de los españoles, que hallásteis honrosa sepultura en tan plácidas orillas; ya os veo levantar la frente bajo esos tristísimos cipreses que esa tierra agradecida ha abortado á los bordes de vuestras tumbas: ya veo las coronas de mirto y siempreviva que las alas de las brisas han tejido sobre vuestras cabezas! ¡Salve tambien, infortunados manes, los que moristeis con gloria, porque moristeis á los golpes de la ponderosa lanza del siglo XV! ¡Manes de los españoles y franceses, vosotros todos, los que errantes cruzais esas florestas á la pálida luz de la soñolienta luna, y que confundís vuestros cantos sepulcrales con el funerario murmurio de las bellas ninfas del Garigliano, recibid un suspiro y una lágrima de este pobre peregrino!

«Prócida aparece á nuestra vista. Una infinidad de botecillos se disparaban de esta isla, y como balas se dirigian hácia el *Tancredo*, conduciendo un gentío inmenso que con el mas vivo entusiasmo victoreaba á Su Santidad. Pro IX salió al tambor derecho del buque á hacerse ver de aquella religiosa multitud y á recibir sus cariñosos saludos. En tal situacion la figura del Papa se destacaba preciosamente sobre el fondo azul de las aguas confundidas con el horizonte. ¡Qué cuadro tan sorprendente! La muchedumbre calla y se arrodilla en silencio; los vapores aflojan sus máquinas, y hasta el mar parece que detiene su curso. Pro IX echa su bendicion apostólica sobre aquellas sencillas gentes. ¡Qué de lágrimas se han cuajado en las pupilas al interrumpir tan silenciosa escena el estruendo de la artillería de Prócida y de los buques de su puerto!»

Reanudemos el hilo de nuestra narracion.

Instalada la corte pontificia en el palacio de Portici, Su Santidad admitió á su mesa al Rey y á su augusta familia, en tanto que el cardenal Antonelli admitia en la suya á los cardenales y otras personas de distincion. Inmediatamente despues de terminada la comida, el rey Fernando II se despidió del Santo Padre, y regresó á su palacio de Nápoles.

Dejemos por algunos momentos al sucesor de Pedro en su nueva residencia, siendo objeto de las mayores atenciones por parté de la familia real de las Dos Sicilias y de todo el pueblo napolitano, y fijemos nuevamente la atencion en la Ciudad eterna.

El ejército libertador no podia menos de captarse todas las simpatías por su moderacion y su prudencia, cualidades que tanto realzan á los vencedores. Aquellos soldados tan valerosos en el campo de batalla eran la admiracion de todos por su disciplina y comportamiento. Á sus comidas eran cada dia admitidos multitud de pobres que, en dias de tanta calamidad como los acabados de pasar, habian quedado sin el menor recurso; pues sabido es que la miseria es una de las plagas que traen en pos de sí las revoluciones.

En las horas que les quedaban libres despues de los ejercicios militares acudian á visitar los monumentos de Roma, cuya historia les era explicada por sacerdotes y otras personas que por lo comun les acompañaban; siendo los templos objeto de sus mas deliciosas visitas, y no pocas las conversiones que se efectuaron.

Los enemigos de la Religion y de la sociedad que habian quedado en la ciudad de Roma, no por haber sido derrotados dejaban de entregarse á actos deplorables. Los demagogos aprovechaban la menor ocasion que se les presentaba para manifestar su odio contra los franceses, lo que dió lugar á diversas escenas en las que siempre el ridículo era para los primeros. La cobardía ha sido siempre atrevida como la ignorancia. No faltaba entre aquellos fanfarrones quienes se atreviesen aun á llevar en el sombrero cintas con los colores itálicos, y otros que ostentaban trajes de luto por la república. La sociedad sí que debe vestirse de luto siempre que esos hombres funestos se apoderan de los destinos de los pueblos.